

Llamados a reconstruir un mundo nuevo

«*Venid y veréis*» (Jn 1:39)

Pastoral Vocacional Confer España

“La firme certeza de ser amados por Dios está en el centro de su vocación: *ser para los demás un signo tangible de la presencia del Reino de Dios*, un anticipo del júbilo eterno del cielo. *Sólo si nuestro testimonio es alegre, atraeremos a los hombres y mujeres a Cristo*. Y esta alegría es un don que se nutre de una vida de oración, de la meditación de la Palabra de Dios, de la celebración de los sacramentos y de la vida en comunidad, que es muy importante.”¹

“Para ustedes, hombres y mujeres consagrados a Dios, *esta alegría hunde sus raíces en el misterio de la misericordia del Padre* revelado en el sacrificio de Cristo en la cruz. Sea que el carisma de su Instituto esté orientado más a la contemplación o más bien a la vida activa, *siempre están llamados a ser «expertos» en la misericordia divina, precisamente a través de la vida comunitaria.*”²

“Con gran humildad, hagan todo lo que puedan para *demostrar que la vida consagrada es un don precioso para la Iglesia y para el mundo*. No lo guarden para ustedes mismos; compártanlo, llevando a Cristo a todos los rincones de este querido país. *Dejen que su alegría siga manifestándose en sus desvelos por atraer y cultivar las vocaciones, reconociendo que todos ustedes tienen parte en la formación de los consagrados y consagradas del mañana.*”³

He querido comenzar esta conferencia con tres citas del discurso de Papa Francisco a los Religiosos y Religiosas de Corea, porque encuentro en ellas aquellos elementos que me parece que hoy son la base de una fecunda pastoral vocacional.

Los presento en forma de enunciados, porque así además de ser fácilmente identificables, pueden ser verdaderamente integrados en nuestros proyectos como aspectos a desarrollar:

Como *punto de partida* – no podría ser diversamente – está una experiencia personal con el Señor Jesús, que nos ha mirado con amor y nos ha llamado. Tanto los relatos individuales de vocación como los sumarios en que se dice que el Señor llamó a los que quiso para que estuvieran con él y compartieran su pasión por el Reino nos evocan el centro del kerygma, que Juan expresa en su Evangelio con “Tanto amó Dios al mundo, que le entregó su propio Hijo para que quienes crean en él tengan vida eterna”. Este es el punto de partida de la vocación y el centro de referencia al que se debe volver una y otra vez. “No sois vosotros los que me habéis elegido. Soy yo quien os he elegido.”

Tal vivencia está al *centro de la vocación*, que no consiste tanto en hacer cosas, sino en *ser un signo tangible de la presencia del Reino de Dios* en el mundo. El evangelio de Marcos lo expresa admirablemente al inicio del ministerio de Jesús, sintetizando su predicación en la frase: “El tiempo ha llegado y el Reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en el Evangelio”. La salvación está al alcance de la mano. Dios ha cumplido sus promesas. El Reino ha hecho irrupción con la persona de Jesús que encarna la misericordia del Padre. Por lo cual no hay tiempo sino para volver a Él aceptando a Jesús y su Evangelio del Reino, donde Dios reina a través de su paternidad.

Y la alegría del testimonio será lo único que haga visible, creíble y eficaz la *misión de atraer a los hombres y mujeres a Cristo*. No podemos olvidar que, en Mateo, el discurso inicial, el de la Montaña, nos presenta la buena noticia como un programa de felicidad, no porque venga a dar esperanza de cambio de situaciones sociales en el futuro, sino porque viene ya a anunciar la felicidad a todos aquellos que se encuentran en la condición más propicia para recibir el Reino de Dios. Las bienaventuranzas ponen en evidencia a los preferidos de Dios, los pobres, los que tienen sólo a Dios como su valedor. Son ellos los primeros destinatarios del evangelio y del testimonio nuestro. Y se sentirán atraídos a Cristo sólo si logramos hacer el camino del corazón del evangelio al corazón del hombre.

La *alegría* no se identifica con una mera visión positiva, un tanto naif de la vida, ni se puede confundir con un vago y superficial sentimiento, ni siquiera es fruto de un laborioso esfuerzo por lograrla. Es simple y llanamente *un don de Dios*, que tiene 4 imprescindibles elementos que lo nutren, lo desarrollan y lo hacen madurar: la Oración, la contemplación de la Palabra, la fuerza de los Sacramentos, y la experiencia de Fraternidad. Se trata de la contemplación de la realidad con la mirada Dios y por ello la alegría nuestra procede del corazón de Dios. Como a los cristianos de la Iglesia primitiva que “eran perseverantes en la

¹ Papa Francisco ai Religiosi e Religiose della Corea, 16 Agosto 2014

² Ib.

³ Ib.

enseñanza de los apóstoles y en la comunión de vida, en la fracción del pan y en la oración”, el Señor hará que gocemos de la estima del pueblo y agregará a la Iglesia a quienes le den acogida. No habría que olvidar que tal es el tema de la Exhortación Apostólica *El gozo del Evangelio*.

Puede parecer paradójica que esta alegría hunda sus raíces en *la misericordia divina*, pero no lo es. Al contrario. Ésta es el núcleo y la suma de la revelación bíblica sobre Dios. Lo expresa bellamente el Sal. 89,2: “*Misericordias Domini in aeternum cantabo*”. “Como para cada cristiano, también para la Iglesia el mandamiento de la misericordia se funda en el ser de la iglesia como cuerpo de Cristo. Por eso la iglesia no es una especie de agencia social y caritativa; en su calidad de cuerpo de Cristo es sacramento de la presencia permanente, eficaz de Cristo en el mundo y es, como tal, sacramento de la misericordia... Por esto, en sus miembros y en las personas necesitadas de ayuda la Iglesia encuentra al mismo Cristo. La iglesia debe hacer presente en la historia y en la vida de cada cristiano el evangelio de la misericordia...”⁴ Esto explica el por qué se debe estar muy atento a las necesidades de la gente y, antes que cualquier otra cosa, hacer sentir la cercanía, la compasión, el amor de Dios.

Particularmente nueva e iluminante son la definición del religioso y de la religiosa como *expertos de la misericordia de Dios* y, sobre todo, que la escuela para lograrlo sea la *vida comunitaria*, lo cual da a este elemento esencial de la vida consagrada una carga teológica, antropológica y pedagógica excepcional.

“Sé por experiencia – dice Papa Francisco en el citado encuentro – que la vida en comunidad no siempre es fácil, pero es un campo de entrenamiento providencial para el corazón. Es poco realista no esperar conflictos: surgirán malentendidos y habrá que afrontarlos. Pero, a pesar de estas dificultades, es en la vida comunitaria donde estamos llamados a crecer en la misericordia, la paciencia y la caridad perfecta.” Esta revalorización de la vida de comunidad confiere a la pastoral vocacional un grande estímulo, pues “la vida fraterna y fervorosa de la comunidad es la que despierta el deseo de consagrarse enteramente a Dios y a la evangelización, sobre todo si tal comunidad viva reza insistentemente por las vocaciones y tiene el valor de proponer a sus jóvenes un camino de especial consagración”.⁵

En fin, es tarea de los religiosos y religiosas demostrar que la vida consagrada es *un don precioso para la Iglesia y para el mundo*. Este es un llamado de Papa Francisco a recuperar la convicción de la belleza que representa nuestra vocación y lo que ella significa para el mundo, al grado que Vita Consacrata la había definido, “*una terapia para la humanidad*”. La crisis innegable que afecta la vida consagrada, en general, y las Ordenes, Congregaciones e Institutos, en particular, sobre todo en Europa por el envejecimiento del personal, la escasez de vocaciones y los escándalos por los abusos contra menores, ha llevado a una cierta resignación y, con frecuencia, a la persuasión que está condenada a desaparecer. Si bien sólo a la Iglesia, como tal, el Señor ha asegurado su permanencia por los siglos, no cabe duda que la vida consagrada pertenece, como dice el Concilio Vaticano II, a la vida y santidad de la Iglesia. Por eso, lo que hay que hacer es volver al Amado, a Aquel que nos amó, nos llamó y nos conquistó hasta el punto de dejarlo todo por Él. A volver a sentir la alegría de escucharle decir: “No os llamo siervos, sino amigos... Os he elegido para que seáis fecundos, para que deis fruto y vuestro fruto permanezca ... y para que seáis felices, para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea pleno”. Sólo así volveremos a darle encanto, fascinación y credibilidad a nuestra vida y a nuestra pastoral vocacional.

Con estos elementos en la mente, podemos entender mejor lo que pedía Papa Francisco a los Superiores Generales en el Encuentro de noviembre del 2013, cuando los invitaba a “ser verdaderamente testigos de un modo diverso de hacer y comportarse. Son los valores del Reino encarnados... *A despertar el mundo e iluminar el futuro*”.

E insistiendo sobre la formación que, según él, se basa sobre cuatro columnas fundamentales: formación espiritual, intelectual, comunitaria y apostólica, precisaba: “La formación es una obra artesanal, no policial. Su objetivo es *formar religiosos que tengan un corazón tierno y no ácido como el vinagre*”.

1. Pastoral juvenil y pastoral vocacional

Lo que ha dicho Papa Francisco no es un manual de pastoral vocacional, pero es evidente que debe transformarse en proyecto y, desde este punto de vista, comporta una transformación de la pastoral juvenil y de la pastoral vocacional, al tiempo que exige una mayor y mejor integración entre estas dos.

Por una parte se siente hoy con más fuerza que nunca el reto de *crear una cultura vocacional* en cada comunidad y ambiente, de modo que los jóvenes descubran la vida como llamada y que toda la pastoral sea realmente vocacional. Esto requiere ayudar a los jóvenes a superar la mentalidad individualista y la cultura de la autorrealización, que los impulsa a proyectar el futuro sin ponerse en la de Dios; esto pide también implicar y formar a las familias y a los laicos. Debe imponerse un compromiso especial en suscitar entre los jóvenes la pasión apostólica, que les permita auto-trascenderse, animándolos a ser apóstoles de sus compañeros, porque un joven es el mejor evangelizador de un joven, y acompañándolos a asumir diversas

⁴ W. KASPER, *Misericordia. Concetto fondamentale del vangelo – Chiave della vita cristiana*. Queriniana, Brescia, 2013, 233; cf. FRANCESCO, *Evangelii gaudium*, 37.

⁵ EG, 107.

formas de servicio eclesial y social, a implicarse en proyectos misioneros. Parar favorecer una opción vocacional de compromiso apostólico, a esos jóvenes se les deberá proponer una vida espiritual más intensa y un acompañamiento personal sistemático. Este es el terreno en el que florecerán familias capaces de un auténtico testimonio, laicos comprometidos en todos los niveles de la Iglesia y de la sociedad así como para la vida consagrada y para el ministerio.⁶

Para esto es necesario recordar que *evangelización y vocación sean dos elementos inseparables*. Más aún, criterio de autenticidad de una buena evangelización es su capacidad de suscitar vocaciones, de madurar proyectos de vida evangélica, de implicar totalmente a la persona de los que son evangelizados, hasta hacerlos discípulos misioneros.

Un dato histórico de la vida de Jesús, confirmado por los cuatro evangelistas, es que, desde el comienzo de su actividad evangelizadora (cf. *Mc* 1:14-15), Jesús llamó a algunos a seguirlo (cf. *Mc* 1:16-20; *Mt* 4:18-19; *Lc* 5:10-11; *Jn* 1:35-39). Estos primeros discípulos suyos se convirtieron de ese modo en «compañeros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado» (*Hch* 1:21-22).

La vocación de estos primeros discípulos según el Evangelio de Juan, es fruto de *un encuentro personal* que suscita en ellos una atracción, una fascinación que transforma su mente y sobre todo sus corazones, al descubrir en Jesús a Aquel que buscaban, en el que se realizan las aspiraciones más profundas de la persona y de la sociedad, el Mesías esperado. Esta experiencia los une de tal modo a la persona de Jesús, que le siguen con entusiasmo y comunican a otros su experiencia invitándolos a compartirla encontrándose con Jesús personalmente. El Evangelio de Lucas habla también del grupo de mujeres que acompaña y atiende al Señor (cf. *Lc* 8:1-3), lo que quiere decir que Jesús tenía mujeres entre sus discípulos, algunas de las cuales serán testigos de su muerte y resurrección (cf. *Lc* 23:55-24,11.22).

Desde esta perspectiva, como consagrados estamos todos invitados a ser para los jóvenes verdaderos *guías espirituales*, como Juan Bautista que señala a Jesús a sus discípulos diciéndoles: “*¡He ahí el Cordero de Dios!*” (*Jn* 1:36). Conocemos bien este encuentro que marcó sus vidas, pero vale la pena recordarlo porque más que anecdótico me parece paradigmático. Ellos le siguieron, y Jesús, dándose cuenta de que algunos lo seguían, se dirigió a ellos directamente con la pregunta: “*¿Qué buscáis?*”. Y ellos, llenos del deseo de conocer en profundidad quién era este Jesús, le preguntaron: “*Rabbi, ¿dónde vives?*” (*Jn* 1:38). El los invitó, como a primeros discípulos, a tener una experiencia de convivencia con él: “*Venid y veréis*”. Algo inmensamente bello tuvieron que haber experimentado desde el momento en que “ *fueron, vieron dónde vivía y aquel día se quedaron con él*” (*Jn* 1:39).

He ahí la *primera y principal característica de la vocación cristiana*, aquella que decía que está al inicio de todo seguimiento e imitación de Jesús y aquella que debe estar siempre presente: un encuentro, una relación personal de amistad que llena el corazón y transforma la vida. Este encuentro transformador es la fe que, animada por la caridad, convierte a los creyentes y a las comunidades cristianas en propagadores de la Buena Nueva del Evangelio de Jesús. Así lo expresa Pablo en la carta a la comunidad de Tesalónica: “*Abrazando la palabra, os habéis convertido en modelo para todos los creyentes de Macedonia y Acaya; partiendo de vosotros, en efecto, ha resonado la Palabra del Señor y se ha difundido por todas partes*” (cf. *1 Ts* 1: 7-8). Estamos, pues, llamados a renovar en nosotros este dinamismo vocacional: *testimoniar con alegría lo que somos, y comunicar y compartir el entusiasmo y la pasión con la que estamos viviendo nuestra vocación*, de modo que nuestra misma vida se convierta en propuesta vocacional inmediata para los otros. Más que campañas vocacionales el reto es crear en nuestros ambientes, de comunidad y misión, microclimas en el que crecen y maduran las vocaciones, formando una auténtica cultura vocacional en la que la vida se concibe y se vive como don, como vocación y misión, en la diversidad de las opciones.

Como buenos pastores en medio de sus ovejas (‘pastores con olor de ovejas’, dice Papa Francisco) hay que prestar atención especial a descubrir los *posibles signos de vocación* en los jóvenes con los que entramos en contacto. Hay que salir a su encuentro, advertir que en algunos aparecen las condiciones para una propuesta vocacional, y tener la audacia de invitarles a aprender ‘ser-para-los-otros’. Esto significa que no podemos quedarnos a la espera de un desarrollo casi mecánico de la vocación, pues sabemos bien el ambiente cultural que no es nada favorable para este tipo de proyectos de vida. Se trata de colaborar activamente con el don de Dios creando un ambiente apto, manteniendo en él *un clima espiritual adecuado a las exigencias de desarrollo de la vocación*, y comprometiéndonos a ser *animadores y guías de los que encontramos llamados por Dios a la vida sacerdotal y religiosa o al empeño pastoral en la diversidad de sus expresiones*.

1. El primer paso es crear un **ambiente**, hoy diríamos una *cultura*, en el que la propuesta vocacional pueda acogerse favorablemente y llegar a maduración.

- *Un ambiente de familiaridad* en el que se comparte todo con los jóvenes. Estar con ellos, escucharlos, promover un clima de alegría, de fiesta y de confianza que abre los corazones y hace que los jóvenes se

⁶ Cfr. CG26, *Da mihi animas, cetera tolle*, Roma, 2008, n. 53: “*Vocaciones al compromiso apostólico*”.

sientan como en casa. Hambrientos de comunión, esta alegría y familiaridad vividas en la entrega apostólica son ya en sí mismas una propuesta vocacional. Los jóvenes en contacto con religiosos y religiosas en la vida cotidiana tienen la grande y estimulante experiencia de ser y sentirse de verdad miembros de una familia, aprendiendo a abrir sus corazones y a mirar el futuro con optimismo y esperanza.

- Este clima de alegría y de familia se alimenta con *una fuerte experiencia espiritual*. Hay que dejar ver y hacer experimentar la visión religiosa del mundo que poseemos y que unifica nuestra multiforme actividad: la búsqueda de la Gloria de Dios y la total entrega al servicio de Su Reino. Somos testigos de un Dios que nos ama y tiene para cada uno de nosotros un proyecto de felicidad y de vida plena. Se crea así en las comunidades y obras un clima espiritual que orienta a la relación interpersonal con Dios y con los hermanos y permea toda la vida. Este clima se alimenta con una sencilla pero constante oración, la escucha orante de la Palabra, los Sacramentos y la devoción a María. No hay otro recurso mejor para sostener y estimular el esfuerzo de crecimiento en la vida cotidiana, y para cultivar y madurar las vocaciones.
- Una tercera característica del ambiente vocacional es *la dimensión apostólica*. Desde ‘Aparecida’ y ahora explícitamente en *Evangelii gaudium* se afirma que no hay primero una etapa de formación de discípulos y en seguida otra de apóstoles, sino que “la Iglesia ‘en salida’ es la comunidad de discípulos misioneros que toman la iniciativa, se implican, acompañan, fructifican y festejan”⁷. Aplicado a la pastoral juvenil y vocacional significa que, desde el principio, hay que responsabilizar a los jóvenes, para que aprendan a trabajar por los demás con una clara entrega y total desinterés. Así aprenden también a estar cada vez más disponibles y abiertos a las exigencias del apostolado, madurando sus propias motivaciones y haciendo todo por la gloria de Dios y el bien de los demás.

2. Junto con el ambiente, hay que ofrecer a los jóvenes y a los adultos, que buscan una orientación para su vocación, un fiel **acompañamiento espiritual**. Esto comporta el saber proponer y facilitar varios modos y posibilidades de encuentro y de coloquio que sirva como discernimiento y dirección espiritual. La acción se modula de diferentes modos y de manera personalizada según que se trate de jóvenes o adultos, aspirantes a la vida eclesial, a la vida religiosa o simplemente a la vida de buenos cristianos y comprometidos laicos.

La precariedad de vocaciones no puede ser leída como una invitación a aceptar a cualquiera. Al contrario, hoy más que nunca, es preciso cuidar bien la selección de los candidatos y no alentar a quien no tenga los requisitos necesarios.

3. El intensísimo trabajo que podemos y debemos desplegar en favor de las vocaciones debe estar sostenido por un **intenso amor a la Iglesia**. “Nosotros regalamos un gran tesoro a la Iglesia cuando logramos una buena vocación; que esta vocación o este sacerdote vaya a una Diócesis, a las misiones o a una casa religiosa no importa. Es siempre un gran tesoro que se regala a la Iglesia de Jesucristo”⁸. Esto vale también cuando pensamos en el perfil de salida de los candidatos, pues nos lleva a ser conscientes que formamos pastores para el pueblo de Dios.

Este grande amor por Cristo, por el Reino y por la Iglesia nos hará valientes y nos hará superar el temor de no ser comprendidos o marginados o excluidos por este mundo nuestro secularizado y desacralizador, que rechaza la diversidad, suprime lo sobrenatural y margina al creyente.

De aquí la insistencia de Francisco a vivir sin miedo un estilo de vida que se opone a este mundo y a esta sociedad, que no permiten el desarrollo y la promoción integral de la persona humana; un estilo de vida que estimula a vivir con alegría y entusiasmo la propia vocación y a proponer a los jóvenes y adultos, hombres y mujeres, la vocación religiosa como respuesta adecuada de salvación a este mundo de hoy, y como proyecto de vida capaz de contribuir positivamente a la renovación de la sociedad actual.

2. Una urgencia previa: crear y fomentar una cultura vocacional⁹

El grande cambio de la pastoral juvenil y vocacional se da, pues, cuando toda la pastoral se vuelve vocacional y las vocaciones para la vida cristiana, religiosa y sacerdotal son su mejor fruto y corona. Todo esto implica crear y fomentar una *cultura vocacional*. Juan Pablo II, a quien debemos este neologismo, decía: “Es necesario promover una cultura vocacional que sepa descubrir y acoger la aspiración profunda del hombre que lo lleva a descubrir que sólo Cristo puede decirle toda la verdad sobre su vida”¹⁰. Como vemos, se trata de algo no sólo pertinente, sino también urgente. Notemos, en efecto, que, a veces, hay una fractura entre los gestos de personas, aun generosas y bien inspiradas, y la mentalidad colectiva, entre iniciativas personales y manifestaciones sociales, entre la práctica y sus fundamentos. Así en nuestras obras,

⁷ EG, 24

⁸ MB XVII, p. 262.

⁹ Para esta sección tomo libremente la voz “*Cultura de la Vocación*”, de don JUAN E. VECCHI, en *Dizionario della Pastorale Vocazionale*, Libreria Editrice Rogate, Roma 2002, pp. 370-382

¹⁰ JUAN PABLO II, Mensaje para la XXX Jornada de Oración por las vocaciones (8 de septiembre de 1992).

especialmente de carácter educativo, notamos que puede hacerse un determinado trabajo vocacional por parte de algunos -los llamados delegados-, pero al mismo tiempo, en las comunidades o en los grupos, se percibe que no existe una verdadera cultura vocacional.

La cultura, efectivamente, señala no gestos personales, aun numerosos, sino *una mentalidad y una actitud compartidas por un grupo*; se refiere no sólo a intenciones y propósitos privados, sino al empleo sistemático y racional de las energías de las que dispone la comunidad. Los contenidos de una cultura vocacional, así entendida, *conciernen a tres áreas: la antropológica, la educativa y la pastoral*. La primera se refiere al modo de *concebir y presentar a la persona humana como vocación*; la segunda se dirige a *favorecer una propuesta de valores acordes con la vocación*; la tercera presta *atención a la relación entre vocación y cultura objetiva* y obtiene de ella conclusiones para el trabajo vocacional.

La vida es vocación

Sabemos que bajo todas las actuaciones educativas y pastorales subsiste una imagen del hombre, espontánea o refleja. El cristiano la va elaborando con la vivencia, con el esfuerzo racional por entender el sentido y con la iluminación de la fe. Los tres elementos –vivencia personal, búsqueda de sentido y discernimiento desde la fe– son indispensables y están unidos entre sí. La revelación no debe entenderse como una superposición exterior a la experiencia y a su comprensión humana, sino propiamente como un desvelar su sentido más profundo y definitivo. Hay, pues, que superar en primer lugar un modo de pensar y de hablar de la vocación como si fuese un *extra*, un estímulo reservado a algunos, un hecho funcional para el reclutamiento a algún estado de vida, más que una referencia sustancial a la misma realización de la persona.

La crisis de las vocaciones, de hecho, puede deberse también al estilo de vida que presentan. Pero más en profundidad se debe a una visión de la existencia humana en la que la dimensión de “llamada”, es decir, de tenerse que realizar en la escucha de otro y en diálogo con él, no sólo se excluya de hecho, sino que no puede tampoco introducirse de modo importante. Esto sucede en las visiones del hombre que ponen la satisfacción de las necesidades del individuo por encima de todo, proponiendo la autorrealización como única meta de la existencia o concibiendo la libertad como pura autonomía. Estas sensibilidades están hoy muy extendidas, ejerce una cierta fascinación y aunque no se asuman de modo íntegro, conforman los mensajes de la comunicación e influyen en las orientaciones educativas.

Una *primera tarea de la cultura vocacional* es, entonces, *elaborar y difundir una visión de la existencia humana concebida como “llamada y respuesta”*, como consideración final de una sólida reflexión antropológica. Hacia esa conclusión llevan la *experiencia de la relación*, la *exigencia ética* que deriva, los *interrogantes existenciales*. Son, así pues, éstos los caminos que hay que recorrer para fijar algunos contenidos de la cultura vocacional que nos preocupa. La persona tiene conciencia de la propia singularidad. Comprende que su existencia es exclusiva, cualitativamente diferente de otras, irreducible al mundo. Le pertenece totalmente pero tiene las características de un don, un hecho anterior a todo deseo y esfuerzo.

Abierta a los otros y a Dios

Al mismo tiempo la persona advierte que es parte de una red de relaciones, no opcionales o secundarias. Lo primero que la persona percibe no es el yo con sus potencialidades, sino la *interdependencia con los otros* que requieren ser aceptados en su realidad objetiva y reconocidos en su dignidad. En esta óptica la responsabilidad aparece como capacidad de percibir signos que proceden de los otros y darles respuestas. Se trata de *una llamada ética* porque lleva consigo exigencias de responsabilidad y de compromiso. El hombre se despierta a la existencia personal cuando los otros dejan de ser vistos sólo como medios de los que servirse. *Una cultura vocacional debe prevenir al joven de una concepción subjetivista que hace del individuo centro y medida de sí mismo, que concibe la realización personal como defensa y promoción de sí, más que como apertura y donación*. Y asimismo de las concepciones que en la relación intersubjetiva quedan aprisionadas sólo en la complacencia, sin ver su carácter ético. *La experiencia relacional y su componente ética orientan ya hacia lo Trascendente*, porque en ellos aparece algo incondicional e inmaterial. En efecto, los otros no requieren sólo que se vaya a su encuentro con objetos y estructuras o de actuar con ellos a través de reflejos instintivos. Piden el reconocimiento del misterio de su persona y postulan por tanto respeto, gratuidad, amor, promoción de valores morales y espirituales.

Pero el reclamo a la trascendencia se hace más evidente cuando la persona es capaz de *abrirse a los interrogantes fundamentales de la existencia* y capta su densidad real. Aparece entonces su apertura al ‘más allá’, ya entrevisto en sus realizaciones positivas y en sus límites. Comprende que no puede detenerse en lo que le es inmediatamente perceptible ni circunscribirse al hoy. La persona es un misterio infinito que sólo Dios puede explicar y sólo Cristo puede saciar. Por eso está *naturalmente impulsado a buscar el sentido de la vida y a proyectarse en la historia*. Debe decidir su orientación a largo plazo, teniendo delante diversas alternativas. Y no puede recorrer la propia vida dos veces: ¡debe apostar! En los valores que prefiere y en las opciones que toma se juega su éxito o su fracaso como proyecto, la calidad y la salvación de su vida. Jesús lo expresa de forma muy clara: *“Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará. Pues, ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?”* (Mc 8,35-36). El cometido de una cultura vocacional es sensibilizar para que se escuchen esos interrogantes, capacitar para

profundizar en ellos. Cometido de una cultura vocacional es también promover el crecimiento y las opciones de una persona en relación con el *Bonum*, el *Verum*, el *Pulchrum*, en cuya acogida consiste su plenitud.

Vivida como don y como tarea

Todo esto requiere una comprensión de la vocación como definición que la persona da a su *existencia*, *percibida como don y llamada, guiada por la responsabilidad, proyectada con libertad*. El filón más fecundo por descubrir ese fundamento es la Escritura, leída como revelación del sentido de la vida del hombre. En la Escritura se definen el ser y las relaciones constitutivas de la persona por su condición de criatura, lo que no indica inferioridad o dependencia, sino amor gratuito y creativo por parte de Dios.

El hombre no tiene en sí la razón de su existencia ni de su realización. La debe a un don y la goza haciéndose responsable de ella. El don de la vida contiene un proyecto; este se va desvelando en el diálogo consigo mismo, con la historia y con Dios y exige una respuesta personal. Esto define la situación del hombre respecto al mundo y a todos los seres que lo componen. Estos no pueden colmar sus deseos y, por tanto, el hombre no les está sometido.

Un ejemplo típico de esta estructura de la vida es la alianza entre Dios y su pueblo como la presenta la Biblia. Es elección gratuita por parte de Dios. El hombre debe tomar conciencia de ello y asumirla como proyecto de vida, guiado por la Palabra que lo interpela y lo pone en la necesidad de escoger. En Cristo la verdad sobre el hombre, que la razón capta vagamente y que la Biblia descubre, encuentra su iluminación total. Cristo, con sus palabras pero, sobre todo, por su existencia humano-divina, en la que se manifiesta la conciencia de Hijo de Dios, abre a la persona a la plena comprensión de sí y del propio destino. En Él hemos sido constituidos hijos y llamados a vivir como tales en la historia.

La vocación cristiana no es un añadido de lujo, un complemento extrínseco para la realización del hombre. Es, en cambio, su puro y simple perfeccionamiento, la indispensable condición de autenticidad y plenitud, la satisfacción de las exigencias más radicales, aquellas de las que está sustanciada su misma estructura de criatura. Del mismo modo inserirse en la dinámica del Reino, a lo que Jesús invita a sus discípulos, es la única forma de existencia que responde al destino del hombre en este mundo y más allá. La vida se despliega así enteramente como don, llamada y proyecto.

Tomar todo esto como base e inspiración de la acción, difundirlo de modo que se convierta en mentalidad de la comunidad educativa pastoral y especialmente de los mediadores vocacionales con sus consecuencias educativas y prácticas constituye la “cultura” de la que la pastoral tiene urgente necesidad.

He aquí las *actitudes fundamentales* que dan vida a una cultura vocacional y que nosotros querríamos privilegiar:

- ***La búsqueda de sentido***. El sentido es la comprensión de las finalidades inmediatas, de aquellas a medio plazo y, sobre todo, de las últimas de los acontecimientos y de las cosas. El sentido es también intuición de la relación que realidades y acontecimientos tienen con el hombre y con su bien. La maduración del sentido supone ejercicio de la razón, esfuerzo al explorar, actitud de contemplación e interioridad. Se va descubriendo en diferentes ámbitos: en la propia experiencia, en la historia, en la Palabra de Dios. Todo converge hacia una sabiduría personal y comunitaria que se expresa en la confianza y la esperanza ante la vida. “*Por lo demás, sabemos que en toda las cosas interviene Dios para bien de los que le aman*” (Rom, 8,28a)

Los tiempos de maduración del sentido pueden ser largos. Es importante no renunciar y no cerrarse ante la perspectiva de descubrimientos ulteriores y más ricos. La cultura contemporánea está surcada por corrientes que ignoran, cuando no niegan, todo sentido que trascienda la experiencia inmediata y subjetiva. Lleva así a una visión fragmentada de la realidad, que hace a la persona incapaz de dominar los mil episodios diarios, de ir más allá de lo epidérmico o sensacional. La madurez cultural comporta una síntesis, un marco de referencia más allá de los conocimientos aislados, para lograr orientarse y no quedar prisioneros de los hechos. La calidad de la vida decae cuando no está sostenida por una cierta visión del mundo. Y con la calidad caen las razones para implicarla al servicio de causas nobles.

- ***Apertura a la trascendencia***, al más allá humano, a la aceptación del límite, a la acogida del misterio, la acogida de lo sagrado en sus aspectos subjetivos y objetivos, a la reflexión y a la opción religiosa.

Es este un horizonte que aparece en todas las actividades del hombre hasta ser una dimensión constitutiva: en el ejercicio de su inteligencia, en la tensión de su voluntad, en los anhelos del corazón, en la dinámica de sus relaciones, en la realización de sus empresas. La existencia del hombre está abierta al infinito y así es la percepción que él tiene de la realidad. Hay hoy direcciones culturales que, conscientemente o no, llevan a cerrarse en los horizontes “racionales” y temporales y hacen incapaces de acoger la propia vida como misterio y don. Tomar en consideración la trascendencia quiere decir aceptar interrogantes, ir más allá de lo visible y lo racional. Las experiencias, las necesidades, las percepciones inmediatas pueden ser puntos de partida para abrirse a valores, exigencias y verdades

ulteriores y más exigentes, que no hay que sentir como negación de las propias pulsiones, sino como su liberación y perfección. Como reveló Jesús a la mujer samaritana: “*Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice «Dame de beber!», tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva»* (Jn 4:10).

- **Una mentalidad “ética”**, capaz de discernir entre el bien y el mal y saber orientarse hacia el bien. Esa cultura está iluminada por la conciencia moral, más centrada en los valores que en los medios, y asume como punto básico la primacía de la persona. La cultura lleva siempre en su interior un impulso ético y es en sí misma un valor moral, porque persigue la calidad humana de cada uno y de la comunidad. Pero sobre ella repercuten los límites del hombre.

Algunas de sus tendencias y realizaciones, cuando no sistemas enteros, se presentan bajo el signo de la ambigüedad moral. Y esto en las dos dimensiones, objetiva y subjetiva. El hecho llega a ser grave cuando en el dinamismo mismo de elaboración de la cultura, el criterio ético desaparece o viene subordinado a otros. Pierde entonces toda incidencia la referencia al bien y al mal, y prevalecen otras exigencias, como la utilidad, el placer, el poder. El lenguaje, en estos últimos tiempos, ha acuñado una serie de expresiones que ponen en evidencia, bajo forma de polaridad, la primacía o la ausencia de una referencia ética válida en la evolución de la cultura: cultura del ser y del tener, de la vida y de la muerte, de la persona y de las cosas. Desarrollar la cultura con mentalidad ética querrá decir, no sólo hacerla crecer en cualquier caso, sino contrastar sus concepciones y realizaciones con la conciencia iluminada por la fe para purificarla y rescatarla de la ambigüedad y alentarla en la dirección de los valores.

- **La posibilidad de un proyecto.** La apatía ante el sentido se transmuta con frecuencia en indiferencia hacia el futuro. Sin una visión de la historia no aparecen metas apetecibles por las que apostar, excepto las que se relacionan con el bienestar individual. En épocas anteriores las ideologías, con su carga utópica, impulsaron el proyecto social y favoreció también la disposición personal a implicarse en un proyecto histórico.

Puede haber hoy una contracción del futuro, junto a una dilatación del presente, que lleva hacia una cultura de lo inmediato. Los proyectos se agotan en un tiempo breve y se completan en los espacios reducidos de la experiencia individual. Las mismas iniciativas de bien pueden reducirse a querer corregir alguna cosa, a una búsqueda de autorrealización subjetiva, a un entusiasmo efímero. Proyectar quiere decir organizar los recursos propios y el propio tiempo en consonancia con las grandes urgencias de la historia y con las demandas de las comunidades para alcanzar metas ideales dignas del hombre. Esto requiere conciencia crítica para defenderse de imperativos aparentes, capacidad de discernimiento para desenmascarar presiones psicológicas, generosidad motivada para ir más allá de los horizontes inmediatos.

- **Compromiso para la solidaridad**, en oposición a esa cultura que lleva a centrarse en el individuo. Proyectos personales generosos pueden surgir sólo donde la persona admite que su realización está unida a la de sus semejantes. La solidaridad es una aspiración amplia que sube de lo profundo de las conciencias, del corazón de los acontecimientos históricos y se manifiesta bajo formas inéditas y casi inesperadas. Aparece como respuesta a macrofenómenos preocupantes, como el subdesarrollo, el hambre, la explotación. Inspira iniciativas ejemplares como los planes de ayuda, el voluntariado y los movimientos de opiniones, que van modificando la relación anterior entre persona y sociedad. Todo esto en ámbitos cercanos y mundos lejanos. Por consiguiente, moviliza el espíritu de servicio e impulsa a él.

Pero la cultura de la solidaridad se arrincona frecuentemente o la debilitan fuertes corrientes económicas y culturales. Presupone una visión del mundo y de la persona que considere la interdependencia como clave interpretativa de los fenómenos positivos y negativos de la humanidad. Nada tiene una explicación propia integral o una solución razonable si se considera de forma aislada. Pobreza y riqueza, desnutrición y dispendio son fenómenos correlativos. Entre estos contrastes, funge de mediación e interviene no sólo la ternura y la compasión, sino la responsabilidad humana. La persona no puede concebirse como un ser que primero se constituye por sí mismo y, sólo en un segundo momento, se orienta hacia los otros. La persona llega a ser ella misma sólo cuando asume solidariamente el destino de sus semejantes.

3. Aspectos que tienen una importancia especial en la animación y en la propuesta vocacional

- Dar horizonte vocacional a la Pastoral Juvenil

Ya hemos dicho que toda la pastoral, y en especial la juvenil, es radicalmente vocacional y que la dimensión vocacional constituye su principio inspirador y su confluencia natural. Hay, pues, que *abandonar la concepción reductiva de la pastoral vocacional*, que se preocupa sólo de la búsqueda de candidatos para la vida religiosa o sacerdotal. Por el contrario, la pastoral vocacional debe crear las condiciones adecuadas para que cada joven pueda descubrir, asumir y seguir responsablemente su vocación.

De aquí que la primera condición consista en la creación de un ambiente en el que se viva y se transmita una verdadera *“cultura vocacional”*, es decir, un modo de concebir y afrontar la vida como un don recibido gratuitamente; un don que hay que compartir al servicio de la plenitud de la vida para todos, superando una mentalidad individualista, consumista, relativista y la cultura de la autorrealización. Vivir esta cultura vocacional requiere el esfuerzo de desarrollar ciertas actitudes y valores, como la promoción y la defensa del valor sagrado de la vida humana, la confianza en sí mismo y en el prójimo, la interioridad que permite descubrir en sí y en los otros la presencia y la acción de Dios, la disponibilidad a sentirse responsables y a dejarse implicar por el bien de los demás en actitud de servicio y de gratuidad, la valentía de soñar y de desear en grande, la solidaridad y la responsabilidad hacia los otros, sobre todo los más necesitados. En este contexto o cultura vocacional la pastoral juvenil debe proponer a los jóvenes los *diversos caminos vocacionales* –matrimonio, vida religiosa o consagrada, servicio sacerdotal, compromiso social y eclesial– y acompañarlos en su compromiso de discernimiento y de opción.

Toda comunidad religiosa y toda obra deben ser conscientes de las características del propio ambiente cultural y de la acción educativo-pastoral que despliega en el trabajo diario con los jóvenes. Todo esto con el propósito de promover y desarrollar los elementos típicos de una cultura vocacional, que con frecuencia no se acepta en el ambiente en el que viven los mismos jóvenes.

- **La educación en el amor, en la castidad**

En la orientación y animación vocacional tiene una gran importancia la educación en el amor. Es necesario ayudar al adolescente y al joven a integrar su crecimiento afectivo-sexual en el proceso educativo y también en el camino de educación en la fe. Y esto para que pueda vivir la afectividad y la sexualidad en armonía con las demás dimensiones fundamentales de su persona, manteniendo actitudes de apertura, de servicio y de oblación.

Hoy el adolescente y el joven deben confrontarse con un contexto cultural y social pan-sexualizado que transmite sus continuos mensajes en la calle, en la televisión, en los medios de comunicación. Se trata de sugerencias que impulsan a una práctica sexual consumista y orientada a la satisfacción inmediata del placer. La tendencia social dominante en este campo es el permisivismo, y los contenidos apetecibles de ese hedonismo se convierten en motivo de un triste comercio. Todo ello da lugar a una confusión en el plano de los valores y a un gran relativismo ético. Sucede frecuentemente que se promueve un uso prematuro de la sexualidad en las relaciones de amistad o en la pura búsqueda de la satisfacción compulsiva del placer. Los jóvenes apuestan con gran decisión sobre el amor, retando prejuicios y censuras, deseosos de ir al encuentro de sus necesidades afectivas y sensibles al valor de una comunicación abierta y sin límites. Pero en este campo muchas veces no disponen de una orientación y de un guía que los ayude a comprender su afectividad y sexualidad según una visión integral de la persona, desarrollando de modo constante y claro un proyecto de educación en el amor que los oriente hacia una construcción armoniosa de la personalidad y haciendo posible una visión de la vida como don y servicio.

Hoy la educación en el amor asume una importancia todavía mayor que en el pasado, sobre todo cuando se quiere desarrollar con eficacia la dimensión vocacional de la vida y crear un ambiente en el que sea posible al joven madurar un proyecto vocacional, de manera especial cuando se trata de vocaciones de especial compromiso, que muchas veces incluyen una opción de celibato. En efecto, muchos jóvenes se encuentran en un ambiente muy poco favorable a una visión integral y positiva del amor. Y muchos de ellos viven deficiencias notables que el educador debe conocer para ayudarlos a superarlas.

A muchos de ellos les falta una experiencia de amor gratuito en la familia, en la que deben soportar tensiones y choques entre los padres que con frecuencia acaban con la decisión de la separación o el divorcio. La relación de amistad que viven entre sí es superficial y todo esto hace que, en vez de resistir a las propuestas seductoras del ambiente, quedan presos en ellas. Así, muy pronto, varios de ellos se implican en una relación de pareja que los cierra a los demás y a la vida del grupo. La urgencia que sienten de vivir una relación plena con su pareja los lleva a una práctica desordenada de la sexualidad. Desde luego que en todo esto incide la falta de un verdadero proceso de educación en el amor: el tema se evita o se trata de modo moralista y negativo, lo que en vez de ayudar, suscita el rechazo del adolescente.

- **La educación en la oración**

La oración es un elemento esencial y primario en la orientación y en la elección de la vocación porque ésta, don de Dios ofrecido libremente al hombre, sólo puede descubrirse y seguirse con la ayuda de la gracia. Por tanto, una pastoral vocacional eficaz y profunda para los jóvenes no es posible sin introducirlos y acompañarlos en una práctica asidua de la oración.

La primera comunidad cristiana espera orando el día de Pentecostés, día del nacimiento de la Iglesia evangelizadora (*Hch* 1:14). Lo mismo Jesús: oró antes de elegir a los apóstoles (*Lc* 6:12ss) y les enseñó a orar para que viniese el Reino de Dios (*Mt* 6:7ss). El mandamiento *“Pedid, pues, al dueño del campo que mande obreros a cosechar su mies”* (cf. *Mt* 9:37ss; *Lc* 10:2) se comprende en todo su valor y su urgencia a la luz del ejemplo y de las enseñanzas de Cristo. La oración es el camino privilegiado y la mejor pastoral vocacional.

Considerada esta centralidad de la oración en el camino de fe, es importante ayudar a los jóvenes a introducirse e iniciarse en una verdadera y profunda vida de oración: sólo así podrá madurar en ellos una posible vocación de especial consagración.

Los jóvenes viven hoy con frecuencia en un ambiente muy poco favorable a la vida espiritual. Están inmersos en una cultura del consumismo y del beneficio, del goce personal y de la satisfacción inmediata de los deseos; la visión superficial de la vida está dominada por criterios ético-morales subjetivos, muchas veces contrastantes y hasta contradictorios. El ambiente en el que se mueven favorece un ritmo de vida agitado, en el que viven muchas experiencias sin poder profundizar en ninguna. La crisis de la familia, la extendida mentalidad relativista y consumista, el influjo negativo de los *medios* sobre la conciencia y los comportamientos constituyen un fuerte obstáculo para la cultura vocacional.

Por otra parte, descubrimos en adolescentes y jóvenes una búsqueda de interioridad, un esfuerzo por captar su identidad y también una apertura y una sincera búsqueda de una experiencia de Trascendencia. Aunque muchas veces este camino se concibe de manera subjetiva y respondiendo a las propias necesidades, hay que decir que es una buena oportunidad para ayudarlos a descubrir al Dios de Jesús. Se multiplican los grupos y los movimientos que de formas muy diversas promueven experiencias de espiritualidad y los jóvenes están ampliamente presentes en estos grupos. ¡Bastaría pensar en la comunidad de Taizé!

Todo esto constituye una condición favorable para ofrecer a los jóvenes la posibilidad de iniciar un camino de educación en la interioridad que los vaya conduciendo gradualmente a descubrir y a gustar la oración cristiana, sobre todo en lo que constituye su originalidad y su verdadera riqueza: el encuentro con la persona de Jesús que nos revela el amor de Dios, que nos invita y nos ofrece la gracia de una relación personal con Él. He ahí por qué en un ambiente tan profundamente impregnado de secularismo y de superficialidad, es urgente promover esta educación en la interioridad y ofrecer a nuestros jóvenes una vida espiritual fuerte y profunda.

La educación en la oración debe *favorecer las condiciones que impulsan a la persona del joven a asumir una actitud de autenticidad*. Éstas son: el silencio, la reflexión, la capacidad de leer la propia vida, la disponibilidad a la escucha y a la contemplación, la gratuidad y la confianza. A un joven que vive en la agitación de una vida llena de actividad no le resulta fácil crear dentro de sí ese silencio y cultivar un camino de interioridad que lo lleve a un encuentro verdadero consigo mismo. También ésta será una de las metas que hará falta tratar de alcanzar. De aquí la importancia de comenzar los momentos de oración con un espacio de calma, de silencio, de serenidad, que permita a nuestros jóvenes llegar a encontrarse consigo mismos y, partiendo de esta experiencia, asumir la propia vida para colocarla delante del Señor.

El corazón de la oración cristiana es la *escucha de la Palabra de Dios*. Ella debe ser la gran maestra de la oración cristiana, que no consiste en “hablar” a Dios, sino más bien en “escucharle” y abrirse a su voluntad (cf. *Lc 11:5-8; Mt 6:9ss*). “En vuestros grupos, queridos jóvenes - escribía Juan Pablo II - multiplicáis las ocasiones de escucha y de estudio de la Palabra del Señor, sobre todo mediante la *lectio divina*: en ella descubriréis los secretos del corazón de Cristo y obtendréis de ella fruto para el discernimiento de las situaciones y de la transformación de la realidad”¹¹. Normalmente se deberá iniciar al joven a esta escucha, ayudándole a entender el sentido de la Palabra que escucha y lee. Se debe también reconocer que la Palabra de Dios es eficaz en sí misma y, por tanto, habrá que dejarla tal vez actuar sola en el corazón de los jóvenes, sin forzarla demasiado con nuestros esquemas: muchas veces ella los guiará sola hacia el diálogo personal con Jesús.

Otra gran escuela de oración es la *vida litúrgica y sacramental de la Iglesia*: hay que ayudar al joven a participar cada vez más conscientemente, comprendiendo signos y símbolos de la liturgia. Una educación en la fe que olvide o retrase el *encuentro sacramental* de los jóvenes con Cristo, no es el camino para encontrarlo y aún menos indicará la posibilidad de seguirlo. “Los jóvenes, como nosotros, encuentran a Jesús en la comunidad eclesial. En la vida de ésta, sin embargo, hay momentos en los que él se revela y se comunica de modo singular: son los sacramentos, especialmente la Reconciliación y la Eucaristía. Sin la experiencia que se da en ellos, el conocimiento de Jesús se hace inadecuado y escaso, hasta el punto de no permitir distinguirlo entre los hombres como el resucitado Salvador... Con razón se dice que los sacramentos son memoria verdadera de Jesús: de lo que él hizo y hace todavía hoy por nosotros, de lo que significa para nuestra vida; avivando, pues, nuestra fe en él, para que lo veamos mejor en nuestra existencia y en los acontecimientos.

Son también revelación de lo que parece escondido en los pliegues de nuestra existencia, para que tomemos conciencia de ello... En la Reconciliación se nos abren los ojos y vemos lo que podemos llegar a ser según el proyecto y el deseo de Dios; se nos da al Espíritu que nos purifica y renueva. Se ha dicho que es el sacramento de nuestro futuro de hijos, en vez de nuestro pasado de pecadores. En la Eucaristía Cristo nos incorpora a su ofrenda al Padre y refuerza nuestra donación a los hombres. Nos inspira el deseo y nos da la

¹¹ JUAN PABLO II, Mensaje con ocasión de la XII Jornada de la Juventud (15 de agosto de 1996)

esperanza de que ambos, amor al Padre y amor a los hermanos, sean una gracia para todos y para todo: anunciamos su muerte, proclamamos su resurrección, ven, Señor Jesús”.¹²

Debemos estar seguros: sólo con una vida de oración cada vez más centrada en Cristo el joven podrá aclarar y consolidar su opción vocacional, sobre todo si se trata de una vocación de consagración especial.

- ***El acompañamiento personal***

Otro elemento fundamental en la pastoral vocacional es el acompañamiento personal regular del joven. Deberá ser respetuoso, con una acertada comprensión de la madurez y del camino espiritual de la persona a la que se acompaña. Un acompañamiento que ayude a interiorizar y personalizar las experiencias vividas y las propuestas recibidas; que estimule y guíe en la iniciación en la oración personal y en la celebración de los sacramentos; que oriente hacia un proyecto personal de vida como instrumento concreto de discernimiento y maduración vocacional. La gracia del Espíritu que obra en el corazón de las personas tiene necesidad de la colaboración de la comunidad y de un maestro espiritual. Por eso junto a cada santo hay siempre un maestro de Espíritu que lo acompaña y lo guía.

Cuando hablamos de acompañamiento, no nos referimos sólo al diálogo individual, sino a todo *un conjunto de relaciones personales* que ayudan al joven a asimilar personalmente los valores y las experiencias vividas, a adecuar las propuestas generales a su propia situación concreta, a aclarar y ahondar las motivaciones y los criterios.

Este proceso incluye *experiencias y niveles sucesivos* promovidos por la comunidad para asegurar un ambiente educativo, capaz de favorecer la personalización y el crecimiento vocacional. A título de ejemplo:

- la presencia entre los jóvenes, con el propósito de conocerlos y compartir con ellos la vida, con un actitud de confianza;
- la promoción de grupos, donde el animador y sus mismos compañeros siguen a los jóvenes;
- contactos breves, ocasionales, que muestran el interés por la persona y su mundo; y, al mismo tiempo, una atención educativa a ciertos momentos de importancia especial para el joven;
- momentos de diálogo personal breves, frecuentes, sistemáticos, según un plan concreto;
- el contacto con la comunidad religiosa, con experiencias de participación en la vida de oración, de fraternidad y de apostolado,
- el ofrecimiento frecuente del sacramento de la Reconciliación; la intervención atenta y amiga del confesor resulta con frecuencia decisiva para orientar a un joven en su opción vocacional.

En la práctica del acompañamiento, sobre todo en el diálogo personal, conviene asegurar además la atención sobre *algunos puntos fundamentales* para el crecimiento humano y cristiano del joven y el discernimiento de las señales de vocación. He aquí, en especial, algunos:

- *Educación en el conocimiento de sí mismo*, para descubrir los valores y las cualidades que el Señor ha dado a cada uno, pero también los límites o las ambivalencias en el propio modo de vivir y pensar. Cuántos jóvenes no han escuchado la llamada vocacional, no porque fuesen poco generosos o indiferentes, sino sencillamente porque no se les ha ayudado a conocerse y a descubrir la raíz ambivalente y pagana de ciertos esquemas mentales y afectivos, o porque no se les ha ayudado a liberarse de sus miedos o defensas en relación con la vocación misma.
- *Madurar la confesión de Jesús, como el Señor Resucitado y como sentido supremo* de la propia existencia. Las motivaciones vocacionales deben basarse en el reconocimiento de la iniciativa de Dios que ha sido el primero en amarnos. Como explicaba el Papa Benedicto XVI a los jóvenes de Roma y del Lazio: “El Señor está siempre presente y mira a cada uno de nosotros con amor. Toca a cada uno de nosotros encontrar esa mirada y encontrarnos con él. ¿Cómo hacerlo? Diría que el primer punto para encontrarnos con Jesús, para experimentar su amor es conocerlo... Para conocer a una persona, ante todo la gran persona de Jesús, Dios y hombre, se necesita la razón, pero al mismo tiempo también el corazón. Sólo con la apertura del corazón a él, sólo con el conocimiento del conjunto de lo que ha dicho y de lo que ha hecho, con nuestro amor, con nuestro ir hacia él, podemos poco a poco conocerlo cada vez más y así también experimentar que él nos ama... En un verdadero coloquio, podemos encontrar cada vez más ese camino del conocimiento que se convierte en amor. Naturalmente no sólo pensar, no sólo orar, sino también hacer es una parte del camino hacia Jesús: hacer cosas buenas, implicarse en favor del prójimo”¹³.

¹² JUAN E. VECCHI, “Le reconocieron al partir el pan”, NPG 1997, n. 8 (noviembre) pp. 3-4.

¹³ Benedicto XVI, Encuentro con los jóvenes de Roma y del Lazio, en preparación a la Jornada Mundial de la Juventud, 25 de marzo de 2010.

- *Educación a leer la experiencia de la propia vida y los acontecimientos de la historia como don de Dios y como llamada a ponerse a disposición de la misión por el Reino de Dios. Para esto, ayudar a los jóvenes a iluminar su existencia con la Palabra de Dios, en una constante referencia a Jesucristo, sentido como el Señor de la vida que propone un proyecto especial para cada uno de nosotros. “Mi vida la ha querido Dios desde la eternidad. Yo soy amado, soy necesario. Dios tiene un proyecto conmigo en la totalidad de la historia; tiene un proyecto precisamente para mí. Mi vida es importante y también necesaria. El amor eterno me ha creado en profundidad y está esperándome. Por tanto, este es el primer punto: conocer, tratar de conocer a Dios y así entender que la vida es un don, que es bueno vivir... Así pues, hay una voluntad fundamental de Dios para todos nosotros, que es idéntica para todos nosotros. Pero su aplicación es diferente en cada vida, porque Dios tiene un proyecto preciso con cada hombre.... No “tener” la vida, sino hacer de la vida un regalo, no buscarme a mí mismo, sino dar a los otros. Esto es lo esencial”¹⁴.*
- *Ahondar la asimilación personal de los valores evangélicos como criterios permanentes que orientan en las opciones que se hacen en la vida cotidiana. Será más fácil así resistir a la tentación de seguir de forma conformista lo que hacen todos. Como ya se ha dicho antes, un aspecto al que debemos prestar una atención especial en este campo será la educación en el amor y la afectividad.*

4. Conclusión. Belleza y actualidad de la vocación

Concluimos este diálogo volviendo a escuchar a Papa Francisco que, al final del encuentro con los Religiosos y Religiosas de la Corea, les decía: *“Dejen que su alegría siga manifestándose en sus desvelos por atraer y cultivar las vocaciones, reconociendo que todos ustedes tienen parte en la formación de los consagrados y consagradas del mañana.”*

Las palabras de Francisco suenan al viático que debe acompañar nuestra vida, pues nos invitan a vivir nuestra vocación consagrada con un gran sentido de agradecimiento; y el primer signo de reconocimiento es nuestra propia fidelidad, vivida con alegría y luminoso testimonio. Debemos hablar de nuestra vocación. Debemos hablar de nuestros fundadores y de su misión, poniendo en evidencia lo que el Señor ha operado a través de Su Espíritu en ellos y en nuestros hermanos y hermanas, encarnando los valores del Reino, testimoniando la cercanía, el amor y la misericordia del Padre.

Nuestra vida, nuestro entusiasmo, nuestra fidelidad manifestarán plenamente que creemos en la belleza y en el valor de la vocación que hemos recibido. Creemos en su actualidad y la vivimos intensamente para responder con alegría y generosidad a los más pobres, marginados y excluidos y aliviar sus sufrimientos y llenar de luz, de alegría y esperanza sus vidas.

El 5° centenario del nacimiento de Teresa de Ávila y de Felipe Neri y el bicentenario del nacimiento de Don Bosco nos ofrecen la gracia de un año jubilar, dedicado a la vida consagrada. Que sea para todos un tiempo de gracia para redescubrir la belleza y la actualidad de este precioso don para la Iglesia y para el Mundo.

“Actualmente, hablamos mucho de la necesidad de construir otro mundo posible, que se edifique sobre otras bases, que ponga en pie una sociedad más justa, solidaria y fraterna. Cada vez más, ante la situación de crisis que atravesamos, se va ofreciendo como alternativa la necesidad de «subvertir» los valores dominantes por otros que ofrezcan nueva consistencia y fundamento al mundo en el que vivimos. Y el desafío fundamental radica en encontrar el modo concreto de realizar los sueños de transformación social. Teresa de Jesús es maestra en este arte. Su propuesta es una vida arraigada en el evangelio y, al mismo tiempo, muy atenta y enraizada en la sociedad concreta que le tocó vivir.”¹⁵

Don Pascual Chávez V., SDB

¹⁴ *Ivi.*

¹⁵ Teresa Gil Muñoz, STJ, Teresa de Jesús, Osadía e Innovación en «*Tiempos Recios*», Sal Terrae 102 (2014), 707.